



Mapas y perros



MAPAS Y PERROS

UNAI ELORRIAGA



PLASSON & BARTLEBOOM

Índice

PRIMERA EDICIÓN EN ESPAÑOL: septiembre de 2024
TÍTULO ORIGINAL EN EUSKERA: *Iazko hezurak*

© del texto, Unai Elorriaga, 2014
© de la traducción, Unai Elorriaga, 2024
© Plasson e Bartleboom, S. L., 2024
Calle Aldea del Fresno 29, 6ºD
28045 Madrid

ISBN: 978-84-10483-00-2
DEPÓSITO LEGAL: M-18615-2024
CÓDIGO BIC: JFFE, FA

DISEÑO DE COLECCIÓN: Daniel Mira
IMAGEN DE CUBIERTA: Basil Wolverton
MAQUETACIÓN: María O'Shea

CORRECCIÓN: Teresa Bailach, Candela Morillas y Estela Gómez
IMPRESIÓN: Kadmos

El papel utilizado para la impresión de este libro ha sido fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones tratados con los más altos estándares de sostenibilidad, lo que garantiza una gestión de los recursos responsable con el medio ambiente y las personas.

IMPRESO EN ESPAÑA - PRINTED IN SPAIN

PRIMERA PARTE	7
TRES RELATOS DESCUBIERTOS EN PUBLICACIONES EXTRANJERAS	95
Quiero casas	97
Los árboles de Bodrogi	115
El segundo sillón	121
SEGUNDA PARTE	123
TRES NUEVOS RELATOS DESCUBIERTOS EN PUBLICACIONES EXTRANJERAS	167
Diez perros	169
Cartón en el agua	179
Descomposición	183
TERCERA PARTE	187
ÚLTIMOS DOS RELATOS DESCUBIERTOS EN PUBLICACIONES EXTRANJERAS	281
Sábanas con focos	283
No todos los cantos	291
CUARTA PARTE	293

PRIMERA PARTE

IRENE ARRIAS PROVOCÓ UN DESGARRO de centímetro y medio en el cuerpo de su madre al aparecer al mundo, Algorta, 25 de enero de 1971. Los muslos de la madre gotearon con diferentes sangres, otro tipo de líquidos, espesos. El médico necesitó más tiempo del habitual para volver a unir las carnes, cosió intermitentemente. Varias gotas de sangre mancharon el suelo de la habitación, prácticamente sólidas, y una de las auxiliares pisó el líquido sin darse cuenta, se extendió, no demasiado. Fue el propio Alfredo Borreguero, el médico cojo, quien sostuvo en brazos por primera vez a Irene Arrias, no limpió su cuerpo. Todo ello en el centro de Algorta, al lado de la estación de tren, en la calle que entonces llamaban avenida del Ejército, igual que llamaban Hospital Civil del Generalísimo al Hospital de Basurto, cuando dos años después llevaron a morir allí a Eustakio Mendizabal *Txikia*, responsable del Frente Militar de ETA V asamblea, agujero de bala en la espalda, un segundo en la cabeza, inicio en el frontal y salida por el occipital.

Fue entonces cuando la madre de Irene Arrias, Begoña Sasie-ta, sintió de golpe todo el cansancio de la noche, de los músculos, de los pulmones. Dolorida la costura, tirante, se dio cuenta, en un momento en el que prácticamente no se daba cuenta de nada,

de que las sábanas estaban manchadas de sangre y de una especie de manchas amarillas. Los ojos se le cerraban una y otra vez, intervalos excesivamente cortos, a pesar de tener a la niña encima, mirando su pecho. La cabeza de Irene se movía de arriba abajo, intentaba alcanzar el pezón, no acertaba, ojos cerrados aún. La cabeza golpeaba contra el seno, golpes en la nariz, barbilla. En un momento dado, sin embargo, lo consiguió, su madre notó una sensación metálica, y en ese instante, 25 de enero de 1971, en el mismo segundo en el que Irene Arrias encajó el pezón de su madre en la boca, el general Idi Amin Dada inició un golpe de Estado en Uganda, aprovechando que el presidente Milton Obote se encontraba en el extranjero.

Durante las primeras horas, mientras la madre de Irene Arrias conseguía conciliar los primeros minutos de sueño, Idi Amin ejecutó a todos los cargos del ejército. Poco después apresó y asesinó a infinidad de abogados, médicos, profesores de universidad. Al presidente del Tribunal Superior, Benedicto Kiwanuka, por ejemplo, le cortó brazos y piernas, le arrancó los órganos genitales y se los introdujo en la boca. Mientras se desangraba, vivo aún, prendió fuego a su cuerpo.

Siempre ha existido la sospecha de que Idi Amin fue caníbal. Así lo sugería la película *Rise and Fall of Idi Amin*, y fue lo que declaró por su parte, seis años más tarde, John Kibukamusoke, médico personal del dictador, ante la cámara de Inglaterra. Relató que encontraron al ministro Michael Ondaga en las aguas del Nilo, que apareció con una incisión en el cuerpo y que le faltaba el hígado. Después aclaró que fue el propio Idi Amin quien se comió el órgano del ministro, que era costumbre en su tierra, que comían la carne del enemigo para espantar los malos espíritus y no dejar escapar la suerte. Según lo publicado por otro ugandés, Henry Kyemba, en el *Daily Monitor*, aquello era

habitual en la Uganda de entonces, por eso huyó a Londres, no quería aparecer en el lago Victoria, decía, descuartizado.

Fue en la misma Uganda, un siglo antes, cuando ningún europeo había entrado aún allí y los cartógrafos imaginaban los primeros bocetos, donde el rey Mutesa mataba a diario a decenas de personas, sirvientes de la corte principalmente, sin razón aparente, por el mero hecho de enseñar el tobillo en público, por rozar la ropa del rey sin ser conscientes de ello. En cierta ocasión disparó a un hombre al que no conocía simplemente para probar la carabina que acababa de regalarle el explorador John Hanning Speke. En esa misma época, mutiló pacientemente a una mujer joven, manos, brazos, piernas, y se los dio de comer a los buitres. Ordenó a los sirvientes que no matasen a la mujer, que le diesen de beber y de comer mientras se desangraba, que la mantuviesen con vida todo el tiempo que fuera posible. Quería que la mujer pudiera ver cómo se alimentaban los buitres de sus extremidades.

Uganda es un país enorme, amplio, más extenso que la unión de Hungría, Eslovaquia, Croacia y Bélgica, cuenta con la parte norte del lago Victoria y muchas hectáreas de selva; es un país, en definitiva, que se presta a hacer desaparecer cadáveres. Uganda limita con Ruanda, país mínimo, no mucho mayor que la unión de los pueblos vascos, pero que ha aportado a la Historia similar cantidad de muertos, de asesinatos, que Uganda, que Idi Amin y el rey Mutesa, y tantos mutilados como Sierra Leona. En 1994 mataron a miles de tutsis allí, millones, también hutus, por supuesto, millares. Muchos murieron por arma de fuego, pero a otros muchos, a la mayoría, los mataron a golpe de machete, de maza. Habitual la sangre seguramente entonces, trozos de masa encefálica, olor, en hospitales, en Mugonero, por poner un caso, en iglesias adventistas... Dicen sus propias estadísticas que la mayoría de los ruandeses profesan la religión cristiana.

Se ha escrito más de lo que se esperaba sobre el intento de genocidio de 1994, han hablado muchos de los que se pensaba que no hablarían. El niño ruandés Cassius Niyonsaba, por ejemplo, se ocultó en la iglesia de Nyamata al comienzo de las masacres y contó cómo entraron grupos *interahamwe* allí, poco antes de mediodía, cantando y celebrando, y cómo empezaron a matar con esa misma disposición de ánimo, machetes, lanzas, y que a él, a Cassius, lo golpearon con una maza enorme entre sangre, entre huesos astillados, pero que pudo volver a esconderse, a rastras, cuenta, detrás de una valla.

Contó que a primera hora de la tarde quemaron a unos niños de mantos en la puerta de la iglesia y que todavía recuerda el olor, carne quemada, gasolina. Siempre se ha dicho que fueron muy pocos los niños que escaparon a las matanzas; así lo cuenta Jeanette Ayinkamiye, que por aquella época vio a madres saltando a los ríos, ahogando en ellos a sus hijos.

Unos cuantos jóvenes ayudaron después a Cassius Niyonsaba, lo llevaron a hombros, apenas podía caminar, lo escondieron detrás de unas zarzas. También allí lo encontraron los *interahamwe*, llevaban perros. Le abrieron la cabeza con un machete, perdió el conocimiento, pensaron que había muerto.

Lo encontró poco después la señora Mathilde y lo cuidó varios días junto a los *umunzenze*, los árboles gigantes. Cassius pensó, cuando pudo volver a pensar, que su cabeza estaba pudriéndose, sentía gusanos dentro, alimentándose ya de su cerebro. Creía oír los ruidos de los gusanos, cómo avanzaban, cómo roían... El marido hutu de la señora Mathilde asesinó días después a su mujer al lado de la charca Rwakibirizi, en cuanto supo que se había encargado de cuidar a un niño tutsi.

Dice Cassius Niyonsaba: «Lo que más me gusta ahora es pasar ratos en el patio de la iglesia. El lugar donde escapé de las

masacres. Todos los días voy allí, está de camino a la escuela. Los sábados y en vacaciones también voy. A veces llevo las cabras de mi tía, otras me acompaña un amigo con una pelota o me quedo allí sentado, solo».

*Eguna zala, eguna zala,
bart irargia zanean,
neure maiteak bota egin eustan
lantzea bentanarean.
Hiru letratxu beharko ditu
sepultureak ganean.*¹

Y da la impresión de que esa es la forma de resumir Ruanda, de resumir el intento de genocidio de 1994, durante los días en los que Irene Arrias preparaba los exámenes de junio del último año de universidad, abril y mayo. Así murieron los ruandeses, más de un millón quizá, cuando los periódicos europeos comenzaron a preocuparse por el tema: «Ayer mismo pudieron sacar de Kigali a los primeros 43 franceses; pronto comenzarán a traer también a los ciudadanos belgas a Bruselas».

El periodista Philip Gourevitch certifica que en 1995 no quedaba un solo perro en toda Ruanda, que las tropas del FPR habían acabado con todos. Se decía que los perros habían tomado la costumbre de alimentarse de carne humana, de cadáveres abandonados, dicen que es posible encontrar incluso vídeos.

1. Aun siendo día, ayer, cuando la luna había aparecido ya, mi amor me arrojó una lanza por la ventana. Mi sepultura deberá tener tres letritas en la lápida. (Romance de la tradición oral).

Madre e hija, Irene Arrias y Begoña Sasieta, se quedaron dormidas pocas horas después. Ningún sonido en la habitación aparte de la respiración de la madre, un poco forzada. Las abuelas de la niña habían desaparecido poco antes, hacía tiempo que ni el médico ni las ayudantes entraban. Unos minutos más tarde, exactamente cuando la madre se recostaba hacia un lado desordenando gran parte de las sábanas, estalló una bomba en la casa de un político de Glasgow. El grupo Angry Brigade asumió la responsabilidad del atentado.

El grupo Angry Brigade realizó varios atentados en 1971, la mayoría en Londres: South African Airways, Barclays Bank, el sistema informático de Scotland Yard... En su octavo comunicado lanzaron la conocida frase «If you're not busy being born, you're busy buying». Cuando detuvieron a sus miembros, los sometieron al juicio más largo de la historia de Inglaterra.

Unas semanas antes, embarazada Begoña Sasieta de siete meses, tirotearon la embajada española en Londres. Argumentaron que lo habían hecho en solidaridad con sus hermanas y hermanos vascos... No lo hicieron, además, en un comunicado cualquiera, sino en el primer comunicado de su historia, su presentación: «We machine-gunned the Spanish Embassy last night in solidarity with our Basque brothers and sisters». Se representaba entonces el proceso de Burgos.

Responsabilizaron de todos los atentados de aquella Angry Brigade al escocés Stuart Christie, seguramente porque años antes, en agosto de 1964, lo detuvieron en Madrid cuando preparaba el asesinato del general Franco. La pena impuesta fue de veinte años, pero acabó abandonando la cárcel en 1967 por presiones internacionales, Bertrand Russell y Jean-Paul Sartre entre otros. Fue el propio Sartre quien, en aquellas circunstancias históricas, dejó escrito: «Toda tentación de reforma ha quedado invalidada,

y al pueblo vasco no le queda otro remedio que la radicalización: ahora sabe que únicamente logrará la independencia mediante la lucha armada».

Unos días después de cumplir un mes, la noche del 27 al 28 de febrero, Irene Arrias durmió durante seis horas seguidas por primera vez, dio así un pequeño respiro a sus padres, y a punto de cumplir la niña los tres meses, el 21 de abril, murió François Duvalier, en la cama, pero dejó en el poder a su hijo, Jean-Claude Duvalier, en Haití, durante quince años más.

François Duvalier recibió el apodo de Papa Doc, por su condición de médico, como Jean Etxepare, como António Lobo Antunes, pero, con todo, detuvo a mucha gente, mató, ató manos y pies, arrojó personas a agujeros. La policía secreta, los llamados Tonton Macoute, vertían, acto seguido, cemento encima de los cuerpos, en aquellos agujeros, vivos los detenidos aún. Dejaban secar el cemento, alisaban su parte superior. No es fácil imaginar cómo llega a pudrirse un cuerpo en cemento, si se pudre siquiera, su postura... Parece que, en determinadas circunstancias, se ha de tener en cuenta la postura de los muertos. En Ruanda existen infinidad de ejemplos de cuerpos podridos, sobre el cemento, nunca dentro, en el barro, en la hierba, pueden encontrarse fotografías, tutsis, hutus, perros. En los pueblos vascos era más complicado, en una determinada época, encontrar cadáveres en las calles.

Papa Doc Duvalier ordenó construir una sala de torturas en los sótanos de su propia vivienda. Practicó agujeros en las paredes, contemplaba las torturas sin suciedad, sin olor, era médico. También el médico Esteban Muruetagoiena fue torturado durante días, a pesar de haber sido detenido en Oiartzun, no en Port-au-Prince. Murió tres días después de que la policía lo dejara libre. Lo detuvieron por haber atendido a un miembro de ETA herido, en 1979. Murió, sin embargo, tres años después, tras otra

detención por idéntico motivo, el mismo día en que Irene Arrias tuvo una mala caída en la calle y la peor suerte de romperse un diente contra un pretil. Se le hinchó el labio superior, sangró un poco, prácticamente nada. Ambas situaciones sucedieron mientras se disputaba el mundial de fútbol de 1982.

La selección de Inglaterra se alojó en el hotel Tamarises de Algorta durante el comienzo de la competición, jugaron los tres primeros partidos en San Mamés, Bryan Robson, Kevin Keegan. El propio Robson marcó ante la selección francesa en el primer partido del campeonato, a los 27 segundos del inicio, uno de los goles más tempranos de la historia de los mundiales, en San Mamés. Irene Arrias encontró por primera vez a los aficionados ingleses en el parque de María Cristina, en Algorta, borrachos, sin camiseta, tumbados en el suelo, durmiendo o sin conocimiento, gritando. Tres años después, cuando comenzó a comprender el mundo de una manera mucho más coordinada, supo que todos los equipos ingleses habían sido expulsados de las competiciones europeas durante cinco años, por haber provocado 39 muertes en el estadio Heysel, personas ahogadas, italianos casi todos, durante una final europea, Liverpool y Juventus. Podemos llegar a conocer, incluso, los nombres de los muertos, Giancarlo Gonnelli, Giovanni Casula, Gianfranco Sarto. Mucho más complejo sería recuperar los nombres de los muertos en Ruanda, o en Camboya, Corea del Norte. También los turcos hicieron desaparecer unos cuantos nombres armenios en 1915.

Los ingleses se reunían habitualmente en el parque llamado de la Reina María Cristina, Algorta, los días de partido, allí los veía Irene Arrias. La propia María Cristina de Austria era una muerta más por aquel entonces, pero se conoce que tampoco en vida tuvo una actitud demasiado limpia. Así y todo, su nombre quedó impreso en parques, en hoteles, incluso en los pueblos vascos, por ser hija, esposa y madre de una determinada casa. La madre de

François Duvalier, por su parte, fue ingresada en un manicomio, así los llamaban entonces, manicomio, no hace tanto, mucho antes de que Papa Doc iniciase sus estudios de medicina, cuando era niño aún, muy niño.

Irene Arrias dio sus primeros pasos poco después de cumplir un año y cuatro meses, normal para algunos, demasiado tarde para otros, el 1 de junio. Lo que cuenta es que, en un momento determinado de ese día alcanzó a dar tres pasos sin ayuda, desde un sofá verduzco hasta las rodillas de su padre, justo en el instante en el que la policía detenía a Andreas Baader en Fráncfort, tras un largo tiroteo.

Detuvieron a Jan-Carl Raspe y a Holger Meins junto con Baader. Existe, incluso, una grabación de la detención, no demasiado nítida quizá, tampoco despreciable. En cierto minuto de la cinta pueden llegar a contarse quince policías, aunque es fácil sospechar que puede haber más fuera del encuadre de la cámara. Tumbados algunos, protegidos detrás de los coches, más de cuatro metralletas, pistolas, armas cortas todas las demás, una tanqueta, tres ambulancias. Las imágenes no muestran más que a dos de los detenidos, medio desnudos, visiblemente herido uno de ellos, miembros de la RAF, Rote Armee Fraktion. Los medios de comunicación les inventaron el nombre de Baader-Meinhof, ya que fue la periodista Ulrike Meinhof quien ayudara a Baader a escapar de la cárcel tiempo atrás.

El grupo armado RAF mató a 28 personas, hirió a 39. En 1977, por ejemplo, asesinó a Siegfried Buback, fiscal general en Alemania. Durante el mismo año secuestraron y ejecutaron a Hanns-Martin Schleyer, presidente de Daimler-Benz y de la patronal alemana.